

PREGÓN DE « San Torcuato » (1996)

Francisco J. FERNÁNDEZ SEGURA.

Excmo. Sr. Obispo.
Sra. Concejala de Cultura.
Ilmo. Cabildo Catedralicio.
Sr. Presidente y Hermandad
Diocesana de « San Torcuato».
Señoras y señores.

Quiero manifestar, en primer lugar, mi agradecimiento más sincero a D. José María Ortíz Valero, presidente de la Hermandad Diocesana de San Torcuato que, en nombre de la misma, ha tenido la deferencia de invitarme para pronunciar el pregón de San Torcuato, correspondiente a 1996.

En segundo lugar, deseo expresar que ha sido para mi un honor esta invitación y que la he aceptado con mucho gusto. También quisiera expresar la gran responsabilidad que, por diversos motivos, conlleva esta aceptación:

1) La calidad humana e intelectual de los pregoneros de años anteriores. Un recuerdo entrañable a mi predecesor D. Leovigildo Gómez, con el deseo de una pronta recuperación de su salud.

2) El pregón de « San Torcuato» es, junto al de Semana Santa, el acto religioso-cultural más importante que se celebra anualmente en nuestra ciudad.

3) Considerar, humildemente, que tal vez mi persona no reúna las condiciones adecuadas para tan importante cometido.

A lo expuesto anteriormente se suma una dificultad más, cuando el pregonero ha nacido en la diócesis, vive y trabaja en la capital del obispado. En este momento hago más las palabras de D. Manuel Medina Olmos, tomadas de su primera carta pastoral, fechada el día 30 de noviembre de 1928 y escrita con motivo de su nombramiento como obispo de Guadix-Baza: « *Ningún profeta es bien recibido en su tierra, y esta sentencia del Salvador declara las circunstancias que Nos rodean, pues, criado entre vosotros, sois testigos de nuestra menor suficiencia, de nuestros defectos y debilidades, de todo conjunto de nuestras imperfecciones* »¹.

¡Que gran obispo, el Beato Manuel!. El sí sería profeta en su tierra. Vosotros conocéis los defectos y debilidades de este pregonero. Os pido que sepais perdonarlas. Siempre nos duele nuestra verdad más íntima y, casi siempre, nos escandaliza a nosotros mismos. Al escribir este pregón he puesto todo el conocimiento e ilusión de que soy capaz. Espero y deseo, estimados amigos, no defraudaros.

Hablar en este lugar sagrado, en la catedral, primer templo de la ciudad, donde se realizan las lecturas sagradas y se predica el evangelio, es de una enorme responsabilidad. Me siento emocionado y, nuevamente, agradecido. No podemos olvidar también que, desde este lugar o desde los púlpitos catedralicios, eminentes obispos, canónigos y orado-

res sagrados, a lo largo de los siglos, han dirigido la palabra al pueblo y a los fieles.

Desde el primer momento debo deciros que he renunciado, deliberadamente, a pronunciar una lección de Historia, que hubiese sido por otra parte, más fácil para mí, aprovechando la circunstancia de conmemorar este año de 1996, el III Centenario de la publicación de la «*Historia del Obispado de Guadix-Baza*», escrita por el Dr. D. Pedro Suárez y publicada, por primera vez, en Madrid en el Siglo XVII, año de 1696. El Instituto de Estudios que lleva el nombre de este sacerdote accitano, tan poco conocido, le rendirá un justo homenaje antes de que finalice el presente año. Estais todos invitados. El Dr. D. Pedro Suárez debe estar orgulloso por la labor de investigación histórica realizada. En los últimos años se han presentado cuatro tesis doctorales sobre nuestro obispado: la de este pregonero, la del profesor Jaramillo Cervilla, la del profesor Pérez López y la del profesor Lara Ramos. Todos miembros del I.E. «Pedro Suárez».

Nos dice el diccionario que pregonar, del verbo latino «*praeconari*», significa «*difundir, divulgar una noticia o un hecho mediante un pregón*». Por tanto, la misión que se me ha encomendado, tal como lo hacían los pregoneros medievales, es la de anunciar la fiesta e invitar a participar en la misma. Mañana día 15 de mayo, en plena primavera, celebramos la fiesta de San Torcuato. Al tratarse de una fiesta fundamentalmente religiosa, el contenido del pregón debe ser espiritual, literario y emotivo.

Con la siguiente experiencia personal que voy a desarrollar, realizada en los últimos días, quiero anunciar la fiesta del patrono de la ciudad y al mismo tiempo reflexionar, en voz alta, sobre diversos aspectos relacionados, de forma universal, con la existencia humana.

Se trata de la peregrinación que he realizado desde la capilla de « San Torcuato » de la catedral hasta la ermita de « Face Retama ». Una peregrinación desde el ámbito histórico-artístico a la plena naturaleza. Del ámbito cerrado al lugar abierto. De la ciudad al campo. Capilla y ermita son dos puntos importantes y fundamentales en la rica y tradicional devoción a San Torcuato. Dos lugares sagrados y complementarios y, al mismo tiempo, diferentes.

Esta peregrinación aparentemente geográfica, conlleva otras peregrinaciones interiores por los caminos del alma del peregrino. El primer día, sábado, me desplacé a la alcazada. Eran las ocho de la tarde. Estaba allí para despedirme de la ciudad y rezar más cerca del cielo. Como los antiguos peregrinos que partían a tierra lejanas, pensaba que iba a realizar un viaje largo y prolongado. También quería comprobar, desde el viejo castillo árabe, si se podía ver en el horizonte, la ermita que visitaría el domingo.

Guadix, con sus marcados contrastes, dada su situación geográfica y su configuración urbana, es uno de los pueblos más bellos de Andalucía. La variedad cromática y paisajística es extraordinaria: Sierra Nevada y las cuevas de arcilla, la ciudad medieval y moderna, el río y la vega. Estaba ante la ciudad como un «*ser histórico vivo*».

Delante de mis ojos se entrelazaban y tejían miles de años de Historia y de culturas. Podía adivinar la colonia romana «*Julia Gemella Acci*» o la ciudad musulmana «*Guadh-Haix*», poblada de mezquitas. Sentía, desde la alcazaba, el alma y el aliento de la ciudad a lo largo de los siglos².

Al mismo tiempo que se acercaba la noche, se iban acentuando todos los contornos de la ciudad, de la vieja ciudad del sur: San Diego, donde la Virgen de Las Angustias, la madre, siempre está esperando; las casas y las huertas moriscas; Santa Ana y San Francisco; Santiago y las Clarisas; la Catedral y la torre, dominando siempre el paisaje, como un faro de piedra y de ladrillo; los palacios y la plaza de Las Palomas; el Seminario y el

convento de las Concepcionistas; las cuevas blancas, la ermita de Nuestra Señora de Gracia y el Padre Poveda; la Magdalena y San Miguel; los valles de los ríos Fardes y Guadix y, el campo dormido en primavera. Al fondo Sierra Nevada, las de Baza, Arana y Mencal. Sierra Nevada parecía, en el atardecer, una enorme pizarra de tiza.

La altura de las montañas ha impresionado siempre a los hombres, sobre todo, a los habitantes de las llanuras. Su elevación y su masa montañosa provoca un sentimiento misterioso de lo sacro. Casi todos los pueblos tienen sus montes santos, concebidos como morada de la divinidad. En la Biblia encontramos dos montes significativos: el monte «Horeb» en el Sinaí y el monte de «Sión», que reciben el nombre de «*montes de Dios*». Por un momento quise que Sierra Nevada se convirtiese en el monte de «Sión» y la comarca de Guadix, en Palestina. En el sentido bíblico «Sión» significa lugar seguro e inquebrantable, donde Dios ha instalado a su Rey y a donde los fieles israelitas suben para recibir la bendición divina y recitar los llamados «*cánticos de las ascensiones*».

Sin darme cuenta había llegado la noche. La luz natural dibujada una acuarela multicolor en el horizonte. El momento invitaba a la ORACION. Recordé que los israelitas rezaban tres veces al día. Aunque Jesús, el Maestro, llamó al templo «*casa de oración*», ésta no tiene por que ir ligada a un sitio determinado. Se puede orar en cualquier lugar. En la época bíblica fuera del templo, se rezaba con frecuencia en la azotea o en la cámara alta de la casa, mirando hacia Jerusalén. La alcazaba era para mí, en este momento, la azotea de la ciudad, la cámara alta de la gran casa urbana. Me vino a la mente la definición de Santa Teresa sobre la oración: «*Para mí, dice la Santa de Ávila, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada al cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba, como desde dentro de la alegría*»¹.

El mundo actual necesita rezar. Cuánta «*desertización*» espiritual hay en nuestros días. Cuánto necesita rezar esta sociedad totalmente plana que, aparentemente, lo tiene todo y no termina de ser feliz. Recé despacio el Padre nuestro, la gran oración de la utopía, que siempre nos pone los pies en la tierra y la mirada en el cielo. Tertuliano llama al Padre nuestro: «*Compendio de todo el evangelio*». Luego, pedí a la Virgen ayuda y protección para mi peregrinación. Ya las primeras estrellas iluminaban el cielo y la ciudad se hizo más íntima y misteriosa. Dejé la alcazaba por los viejos pasillos del Seminario y, por la calle de la Concepción, me dirigí hasta mi casa. Nuestro querido Seminario fue fundado por el obispo Fonseca en el año de 1594.

En la mañana del día siguiente, domingo, comenzaba mi peregrinación a la ermita de «*Face Retama*». Las campanas de la catedral anunciaban la misa conventual de las diez. Preparaba un ligero equipaje para el viaje. Tenemos que ir por la vida «*ligeros de equipaje*» como decía el gran poeta andaluz D. Antonio Machado. Tenemos que recorrer el camino sin demasiadas ataduras. Senguían tocando las campanas de la catedral. Estimados amigos, ¡cómo suenan las campanas de la catedral de Guadix!

Las campanas, como instrumento musical, se remonta a las culturas primitivas. Antiguamente se les llamó con los nombres de «*glocca, signum o nola*». Su sonido tiene una nota fundamental a la que se añaden los armónicos habituales (octava primera, quinta, tercera menor y octava baja). El metal de las campanas, el bronce, debe tener aproximadamente tres partes de cobre y una de estaño, para conseguir una aleación adecuada. Las campanas de la iglesias son bendecidas, pues están destinadas al servicio divino. En estos momentos recuerdo los campanarios de España, donde los pájaros hacen sus nidos. Ahora recuerdo el tañir herido de las campanas, en el atardecer de los domingos, cuando éramos niños. Si la cúpula, en las iglesias y catedrales, simboliza el paraíso; los campana-

rios, serían como el dedo de Dios, que nos señalan la dirección del cielo.

Realicé mi entrada en la catedral por la puerta lateral derecha de la fachada principal, que como todos sabemos está dedicada a La Anunciación. Desde el año 1492, hace ya más de cinco siglos, por Bula del cardenal D. Pedro de Mendoza, nuestra catedral quedaba bajo la advocación de la «*Bienaventurada Virgen María de la Encarnación*». El templo catedralicio gira, como otras catedrales andaluzas, en torno al tema mariano. La Inmaculada y uno de sus símbolos más característicos, el jarrón de las azucenas, llenan la catedral de forma significativa. Si la ciudad de Nazaret es la tierra de la Anunciación, nuestra catedral es todo un monumento histórico-artístico al misterio y al milagro de La Virgen Inmaculada. El jarrón de las azucenas, símbolo de la pureza, aparece esculpido en el bronce de las rejas, en la madera del coro catedralicio o, en la pintura de la vidrieras. Observen, cuando puedan, el símbolo mariano en uno de los óculos, polilobulados, del tambor de la cúpula. El obispo Medina Olmos incorporó el tema de La Anunciación en su escudo episcopal.

Las iglesias que tienen girola están hechas para la perigrinación. Nuestra catedral cuenta con una magnífica girola, que rodea el ábside. Como buen peregrino, antes de escuchar la Santa Misa, realicé un breve recorrido por el interior de la catedral. Las capillas, altares, retablos, esculturas, pinturas, vidrieras, la cúpula, las bóvedas góticas y barrocas, con sus múltiples nervios, me iban proyectando emociones y sugerencias, en muchos casos, difíciles de explicar.

La riqueza interior de la catedral es inabarcable. Escribe Jesús Torbado sobre las catedrales: «*Ninguna mirada puede abarcarlas, salvo la del Dios al que se consagraron: ni la del creyente, ni la del artista, ni la del mendigo que tiembla en sus umbrales, ni la del poderoso que la considera su heredad. Depósito vivo de la Historia de una comunidad humana, grandioso resumen del arte, de la fe y del esfuerzo de un pueblo, de su entusiasmo y de su sometimiento, las catedrales son construcciones del pasado y del presente- por eso inacabadas siempre- que sobrepasan cualquier interpretación racional*»⁴.

En el coro catedralicio, de estilo barroco y tallado en madera de nogal, donde trabajó Torcuato Ruíz del Peral, escuché el Oficio Divino. En este lugar, a lo largo de los siglos, diversos pueblos y culturas han realizado sus ceremonias religiosas. Aquí estuvo la mezquita mulsumana, que era hexagonal, con sesenta columnas exentas, jardín y fuente de las abluciones, tal como la describe Jerónimo Münzer. Sobre la silla episcopal, una escultura de San Torcuato preside el coro de la catedral. Aquí La Escolanía, dirigida por D. Carlos Ros, ha realizado una magnífica labor a lo largo de cuarenta años. La Escolanía es un coro de arcángeles: *Voces puras / coro de arcángeles / invaden las naves de la catedral / nítidas y limpias / para formar en la cúpula / un nido de pájaros [...] Silencio / canta la escolanía / surtidor de oraciones y campanas / alma de Guadix / místico y profundo / en la luz de Andalucía / y en el horizonte de Castilla*⁵.

Terminada la Misa, me dirigí a la Capilla de San Torcuato. Estaba ante el primer obispo de la diócesis y sus seis compañeros en la tarea evangelizadora: Segundo, Indalecio, Tesifonte, Eufasio, Cecilio y Hesiquio. Nos dice la tradición «*sólida y antigua*», con palabras de los Padres Férotin y Savio, que fueron los Sietes Varones Apostólicos.

Esta capilla es la más importante de la catedral, su «*joya arquitectónica*». Su traza se debe, al parecer, a Siloé, inspirada en la capilla Caraccioli de Nápoles. Su planta es poligonal y está cubierta por una cúpula con claraboyas del siglo XVII, según el historiador Manuel Gómez Moreno. Junto al retablo barroco central, destaca en su decoración

las cuatro parejas de semicolumnas jónicas de fuste estriado. La capilla se abre con un magnífico arco de esviaje doble. La palabra capilla viene del latín «*capella*» y su función originaria era la de lugar de culto privado, en el que se guardaban reliquias. La primera capilla, de la que tenemos noticias, fue la del Emperador Constantino, ubicada en su palacio de Constantinopla.

Ante San Torcuato y sus compañeros y, ¡que gran casualidad!, ante las reliquias de Medina Olmos y sus compañeros mártires, recordé la tradición de su llegada a estas tierras andaluzas y las dificultades históricas para delimitar hechos concretos y cronología.

Juan Pablo II en su viaje a España, en el mes de octubre de 1982, pronunció las siguientes palabras, que ponen de manifiesto la importancia que la Iglesia concede a la tradición: «*Vengo a encontrarme con una comunidad cristiana, que se remonta a la época apostólica. En una tierra objetivo de los desvelos evangelizadores de San Pablo; que está bajo el patrocinio de Santiago el Mayor(...); que fue conquistada para la fe por el afán misionero de los siete Varones Apostólicos*»⁵.

«*Esta historia, sigue diciendo el papa, a pesar de las lagunas y errores humanos es digna de toda admiración y aprecio. Ella debe servir de inspiración y estímulo, para hallar en el momento presente las raíces profundas del ser de un pueblo. No para hacerle vivir en el pasado, sino para ofrecerle el ejemplo a proseguir y mejorar en el futuro*»⁶.

La llegada de los siete Varones Apostólicos al Sureste andaluz, provincias de Almería, Granada y Jaén, debió de producirse, de acuerdo con las hipótesis tradicionales y la lógica de los hechos, después de la celebración del concilio de Jerusalén (49-50 d. C.), el viaje de San Pablo a España (63-64 d. C.) y el martirio de San Esteban, el primero de los siete diáconos y que quiere decir «*coronado*». La palabra diácono significa generalmente «*servidor*» y su nombramiento se producía siempre a continuación de los obispos.

«*Después de la muerte de Jesucristo, escribe Nicolás González, canónigo de la catedral de Ávila, sus apóstoles que eran obispos se dispersaron por Galilea y demás ciudades del Imperio Romano. En cada una de ellas fueron consagrando a otros sacerdotes que les ayudaban en la evangelización*»⁷. El nombre de obispo, aplicado a los jefes de las Iglesias es muy antiguo, ya que se encuentra empleado en los Actos de los Apóstoles y en las Epístolas de San Pablo. La palabra obispo significa «*inspector*» o «*vigilante*». En el siglo I, el nombre de presbítero era, a menudo, sinónimo de obispo. En el siglo II, la distinción entre presbítero y obispo está claramente establecida.

Por tanto, no debe extrañarnos que, si se confirma la tradición, San Torcuato y sus compañeros fuesen obispos. «*Ya en esta época, con palabras del canónigo Nicolás González, el templo donde los obispos predicaban y celebraban los divinos oficios empezó a denominarse catedral por ser la iglesia donde tenían su cátedra; en tanto que el territorio al cual llegaba la influencia directa de los obispos y, por consiguiente, la porción del pueblo de dios por ellos regida, pasó a llamarse diócesis*»⁸.

San torcuato y sus compañeros ejercerían su labor pastoral en las siguientes diócesis, asignadas por la tradición: Torcuato, en Acci (Guadix); Indalecio, en Urci (Almería); Segundo, en Abula (Abla); Tesifonte, en Bergi (Berja); Cecilio, en Iliberri (Elvira); Eufrasio, en Iluturgi (Andújar) y, finalmente, Hesichio, en Carteia (Cazorla)⁹. Esta misión apostólica debió producirse, como ya queda indicado en torno al último tercio del siglo I. El padre Poveda hace la siguiente reflexión: «*Unos pocos, los primeros cristianos, constituyeron una sociedad poderosa la propagaron por el mundo y se conserva a través de los siglos*». ¿Cómo?, sigue reflexionando Poveda, lo dicen los Hechos Apostólicos: «*Teniendo un solo corazón y una sola alma*» (Hch. 4,32)¹⁰.

No debe extrañarnos que el número de Varones Apostólicos sea el de siete. El 7 y sus múltiplos sugieren la idea de abundancia, de conjunto y de totalidad, así por ejemplo: 7 demonios salen de la Magdalena, el justo cae 7 veces al día o hay que perdonar no 7 veces, sino 70 veces 7. El siete, es una cifra sagrada por excelencia, significando la perfección. Rige el ritmo sacro del tiempo: semana, año sabático y año jubilar al cabo de 7 semanas de años. El siete se presenta con frecuencia en los rituales y tiene un papel considerable en los procedimientos redaccionales de los autores sagrados: la genealogía de jesucristo comprende tres series de 2×7 generaciones, y el Apocalipsis se halla construido parcialmente por septenas.

El siete, en definitiva, es un número eminentemente bíblico. Recordemos lo siguiente: las siete palabras de Cristo en la Cruz, los siete sacramentos, los siete brazos del candelabro judío, las siete iglesias del Apocalipsis, las siete estrellas en la mano derecha de Cristo, etc.

Antes de comenzar mi peregrinación a la Ermita de «*Face Retama*», le recordé a San Torcuato que todos los años Galicia realiza una simbólica «*ofrenda*» al apóstol Santiago y que yo, humildemente, quería hacerle algo parecido. Al Señor San Torcuato le manifesté lo siguiente: que el objetivo fundamental de mi peregrinación era el de buscar las raíces profundas de la «*luz*» apostólica, que no olvidase a las personas que sufren y que están necesitadas de amor y solidaridad; que ayudase a todos los responsables políticos y a la sociedad en general, para luchar contra el terrorismo, la droga, el aborto y el paro, verdaderas plagas de la humanidad, en el siglo XX, en palabras del filósofo Julián Marías; que iluminase a nuestro obispo en la difícil tarea pastoral; que iluminase a nuestros religiosos/as activos y contemplativos; que diese fuerzas a los escasos sacerdotes de nuestra diócesis; que aumentase las vocaciones sacerdotales, recordándole el fallecimiento de tres sacerdotes; que el Vicario General recuperase pronto su salud; que el mundo necesita paz; que la gente está desilusionada, especialmente los jóvenes, y necesitan más esperanza, que no olvidase a nuestros mayores; que la vieja colonia romana, otras veces productiva y en auge, se encontraba subdesarrollada; finalmente, le pedí protección para mi peregrinación. Le hubiese dicho muchas cosas más al Santo patrón, pero le había dicho lo más importante y no quería cansarle en esta primera «*ofrenda*» personal. Bueno, la verdad es que miento, pues al salir de la capilla, miré al Varón Apostólico, le hice un guiño con los ojos y le dije: no olvides que el Seminario, que lleva tu nombre, esta en fase de restauración, échale una mano a tu sucesor, el obispo Juan.

Salí de la catedral por la puerta de Santiago, el gran peregrino. No podía ser de otra forma. Santiago, el hermano de Juan, y los caminos del cristianismo. Por el Arco del palacio episcopal llegué a la puerta de San Torcuato, llamada en algunos documentos la «*puerta que da al campo*». Aquí, me despedía del primer obispo accitano. Que simbólicas son, en una lectura iconográfica, las tres puertas de nuestra catedral: la Anunciación, Santiago y San Torcuato. Tomé la cuesta de Juan de Dios Ponce y Pozo y cruzando el Arco de San Torcuato, comenzaba mi peregrinación hacia la ermita. Esta vieja puerta de la ciudad, se llamó en la época musulmana de «*Baçamarín*». El 27 de febrero del año 1593, reinando en España Felipe II y siendo obispo D. Juan Alonso de Moscoso y López, Guadix recibe las reliquias del Santo. Fueron presentadas en la ermita de San Lázaro y, al día siguiente, en solemne procesión fueron llevadas hasta la catedral, entrando por la citada puerta de «*Baçamarín*», que pasó a llamarse de «*San Torcuato*».

Estaba, sin darme cuenta, frente al parque municipal «*Pedro Antonio de Alarcón*». Quise pasear unos minutos por el parque, con la finalidad de mirar, una vez más, el mag-

nífico ciprés que hay cerca de la orilla del río. Me atrevería a decir que es uno de los árboles más altos de los jardines públicos de la ciudad. Aquí cantan los ruiseñores, con un sonido nítido y primaveral. Siempre me gustaron los cipreses, con sus ramas erguidas y cortas, su copa fusiforme y alargada, de color verde oscuro. Es una planta de significado «*espiritual*», como los chapiteles góticos, mirando hacia el cielo y, se cultivan especialmente y de forma significativa en los cementerios.

El camino de Guadix a Benalúa está lleno de pequeñas huertas y de árboles frutales, cultivados en parcelas irregulares entre los cerros de arcilla y el valle del río. En primavera, la depresión de Guadix, es un enorme jardín. Destacan a los ojos de este peregrino, los melocotoneros, los olivos, el trigo y los chopos. Los hijos de labradores llevamos el campo en el alma. No olvidemos las palabras del Doctor Alonso Cano y Urreta, escritor del siglo XVII, que en su libro «*Días de Jardín*» escribe: «*Por principios de favores, al hombre recién nacido de sus manos, puso Dios en el paraíso, para que le cultivara como labrador, y guardase como soldado*»¹¹. Si hubiésemos cumplido este mandato de la Providencia, como labradores y soldados, en el sentido de centinelas, el mundo iría por otros caminos más certeros y equilibrados.

Estaba ya en la estación de ferrocarril de Benalúa. Siempre Guadix y Sierra Nevada al fondo. Miré hacia la izquierda y pude ver el pequeño pueblo de Bejarín y la torre de la iglesia vieja. En este pueblo nací hace ya casi medio siglo, en la casa de mi abuela materna. En la vieja iglesia, convertida en escuela, aprendí las primeras letras y números. En la iglesia nueva, terminada en torno da 1949, realicé mi primera comunión. Frente a Bejarín el valle del río Fardes y los cerros de «*Guadix el Viejo*», en el cortijo de Luchena. En este paisaje geográfico ha transcurrido la mayor parte de mi vida. Las imágenes y los recuerdos se multiplicaban en la memoria del peregrino: mis padres, mis hermanos, el trabajo del campo, las yeguas y los caballos de trilla, las plantas verdes del tabaco, el amarillo del maíz, las higueras, los enormes álamos negros y los chopos a la rivera del río. En la actualidad, el paisaje se llena también de mi mujer y mis tres hijos: Pablo, María del Rocío y Antonio Jesús.

La «*peregrinación*» ha sido un capítulo importante en las manifestaciones religiosas del hombre y tienen su origen en la búsqueda de un lugar sagrado, tierras prometidas o paraísos perdidos. Peregrinación significa el viaje del peregrino (del latín «*peregrinus*»), que se ha emprendido con espíritu religioso a un santuario o lugar especialmente consagrado por la presencia divina, en virtud de una teofanía o manifestación sobrenatural, de una experiencia personal o colectiva excepcional, o la presencia del sepulcro de un profeta, de un mártir o de un santo.

Unas veces, la peregrinación fue considerada como un acto penitencial; en otras, se acentuó su carácter de purificación y contacto sobrenatural; con mucha frecuencia, se persiguió con ella una determinada gracia espiritual o corporal, como la conversión de un pecador o la curación de una dolencia física. En mi caso particular iba buscando la «*luz*» apostólica, tal como le manifesté al Señor San Torcuato en la capilla de la catedral. Pero no renunciaba a una «*conversión*» más auténtica y a la búsqueda de una «*espiritualidad*» más profunda, al modo de los místicos Francisco de Asís, Juan de la Cruz o Fray Diego de Cádiz.

Al pasar por el cementerio de Benalúa, recordé que la palabra cementerio significa «*dormitorio*». Algún día también yo descansarí en un Camposanto. Los versos del poeta Jorge Manrique se hicieron inevitables: *Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar en la mar/ que es el morir/ allí van los señoríos/ derechos a se acabar/ y consumir/ allí los*

*ríos caudales/ allí los otros medianos/ y más chicos/ y llegados, son iguales/ los que viven por sus manos y los ricos*¹².

Entre algunos pinos tomé el camino de herradura hacia la ermita. En las ramblas de Grao y del Ovel cambió bruscamente el paisaje: arenales, retamas, tomillos y las formas caprichosas del relieve. En la primera rambla, la de Grao, durante un rato hablé con un pastor. Se llamaba Jerónimo, tenía 31 años, era natural de Lanteira y cuidaba 250 ovejas, ayudándose de sus dos perros: León y Capote. Hablamos del trabajo duro, «*esclavo*», según sus palabras, de los pastores; de su experiencia en la emigración y, de su paisano Medina Olmos. Seguía mi camino, después de despedirme del bueno de Jerónimo. A lo lejos su figura y la del ganado pastando, me recordaban la parábola del *BUEN PASTOR*.

Caminaba por una cuesta, que parecía interminable. De nuevo, los pinos, los tomillos, el romero, el color ocre de los cerros de arcilla y el esparto. Recordaba en estos momentos, la peregrinación realizada en bicicleta, en el año 1947, por un grupo de accitanos pertenecientes a Acción Católica y que me había contando uno de sus protagonistas, Don Manuel J. Ortiz López, acompañado, entre otros, por los hermanos Mario y Pepe García Moreno. Ahora me explicaba, dado lo abrupto del terreno, los pinchazos de una de las bicicletas, la pérdida de la máquina de fotos y tantas aventuras...!

Ya en la llanura, puede contemplar la torre de la ermita y, al fondo, la sierra de Mencil. El paisaje de los lugares de San Torcuato, me parecía casi bíblico. Recordaban a Samaría, Jericó o, tal vez, el sudoeste de Jerusalén, donde en los años 970 al 931 a.C., estuvieron los jardines de Salomón, rey de Israel e hijo del rey David. Es un paisaje semidesértico. En el Antiguo Testamento el significado más primitivo de «*desierto*» es el de una región amplia y llana adecuada para el pasto del ganado. Más tarde hablaría con otro pastor. El significado de «*desierto*» en el Nuevo Testamento es de una fuerza extraordinaria: tierra a la que Dios niega su bendición, privándola de lluvia y de fertilidad. Pero también el «*desierto*» es lugar de refugio para la oración y la búsqueda del silencio. En el «*desierto*» Jesús multiplicó los panes y realizó otros milagros. A veces, necesitamos marcharnos al «*desierto*», para buscar la paz y encontrarnos con nosotros mismos. Entoces, estimados amigos, el «*desierto*» se convierte en algo fecundo, en tierra de regadío para los huertos del alma.

Comencé mi peregrinación por el algibe. Estaba lleno de agua, debido a las últimas lluvias. Me hubiese gustado encontrarme allí, precisamente allí, al Buen Pastor. Me conformé, mientras mis ojos contemplaban el impresionante paisaje de Sierra Nevada y el valle del Fardes, en ir recordando algunos de los nombres que *CRISTO* recibe en la Biblia: Ungido, Nuevo David, Medianero, Hijo de Dios, Bien Amado, Sol Naciente, Hijo del Hombre, Puerta, Pastor, Esposo o, como le llama San Juan en el Apocalipsis, «*el Primero y el último, el Viviente*». A éste pregonero le gusta, de forma especial, el nombre de «*MEDIANERO*».

Caminando hacia la torre de la ermita, hablé con otro pastor. Se llamaba Manuel y había nacido en las Cuevas de Serrano. Algún día contaré su historia. Pude comprobar que la torre no tenía campana. En Mayo de 1997, cuando celebremos la fiesta de San Torcuato, tiene que tener su campana. ¡No puede haber una ermita sin campana! Estimado José M^a. Ortiz Valero, ya sabes lo que hay que hacer, lo que tenemos que hacer. ¡Cuenta conmigo! Algún día, espero que no muy lejano, Guadix sabrá reconocer tu labor en pro de la restauración de monumentos histórico-religiosos de nuestra diócesis y la recupera-

ción de la riqueza folclórica de nuestra comarca.

Detenidamente, muy despacio, recorrí todas las dependencias de la vieja hospedería. Quise que retrocediese el tiempo. Aquí, pasé el último trimestre del curso escolar (1954-55). Mi tía María Segura, hermana de mi madre, era la maestra de San Torcuato. Tenía 8 años. Quién me iba a decir a mí, hace ya cuarenta años, que algún día pronunciaría, en la catedral de Guadix, el pregón del Patrono de la ciudad. Pronunciar el pregón de «San Torcuato» es una oportunidad única en la vida y hay que ser agradecidos. Gracias, una vez más, a la Hermandad de «San Torcuato». Nuevamente los recuerdos y las imágenes se multiplicaban en mi mente. Recuerdo de manera inconfundible lo siguiente: las hogueras en la víspera de la romería, que de madrugada veía desde el balcón de la escuela; las noches estrelladas; el olor penetrante de los tomillos quemados, para encender el fuego y, sobre todo, las historias que sobre San Torcuato y el olivo me contaban los otros niños de la escuela, llenas de una poderosa imaginación.

Finalmente, visité la ermita y el olivo. Iba buscando algún mensaje, alguna luz. Estaba cansado. Me senté junto al viejo olivo y me quedé unos minutos dormido. En este breve espacio de tiempo, tuve el siguiente sueño: la luz de la tarde era transparente, el viento intenso y suave, los pájaros revolotearon nerviosos, el olor de la retamas y los tomillos se hizo más fuerte. Al fondo de la veredas y caminos se levantaba una ligera nube de polvo. Lentamente iban llegando, de dos en dos, como los discípulos de Emaús, los 80 obispos de nuestra diócesis. Siete, desde San Torcuato al prelado Félix, que preside el concilio de Elvira, asignados por la tradición; dieciseis, desde Félix hasta Frodoario, ambos inclusive; cinco, de la etapa musulmana, los llamados obispos mozárabes y, cincuenta y dos, desde la Reconquista hasta nuestros días: el primero Fray García de Quijada y el último, el toledano Juan García-Santacruz. Alrededor de la ermita, se fundieron en una abrazo «*ecuménico*». Estaban allí, para anunciar el III milenio, expresado en la Encíclica de Juan Pablo II «*Tetio millennio adveniente*», pues «*Jesucristo es el mismo ayer, hoy..*» (Hb. 13.8). La escena de los obispos alrededor de la ermita, tenía el significado de un «*nuevo adviento*».

Me desperté con el ánimo sereno. Los obispos habían desaparecido en el horizonte inmediato. Vuelve la soledad a la ermita. Estaba atardeciendo, cuando comencé mi regreso a Guadix. Mi peregrinación estaba terminando. Siempre es triste el camino de vuelta. El sueño junto al olivo había hecho realidad mis objetivos. La Iglesia, con sus luces y sombras, estaba ahí. Seguía siendo la «*reunión de todos los fieles*», el «*arca de Noé*», la «*red que recoge los peces buenos y malos*», un «*campo abierto*».

Estimados amigos, os invito a participar en la fiesta de «San Torcuato» con el ánimo abierto a la fraternidad y a la alegría!

¡Muchas gracias!

Guadix, 14 de mayo, 1996.

1. Medina Olmos, M.: *Primera Carta Pastoral*, B.O. , 12 - XII - 1928, nº 25.
2. Fernández Segura, F. J.: *Guía de Guadix*, 1992, págs. 60-61.
3. De Jesús, T.: En *Catecismo de la Iglesia Católica*, A.E.C., Madrid, 1992, pág. 555.
4. Torbado, J.: *Catedrales de España*, rev. Geo, nº 109, II - 1996, pág. 54.
5. Fernández Segura, F. J.: *Niños Cantores de la Catedral de Guadix*, 199, pág. 81.
6. Juan Pablo II: *En Tierra Urcitana* de M. Sánchez, Ed. Cajal, Almería, 1988, págs. 128-129.
7. González, N.: *Catedrales de España*, rev. Geo, nº 109, II - 1996, pág. 74.
8. *Ibidem*.
9. Suárez, P.: *Historia del obispado de Guadix - Baza*, Madrid, 1946, págs. 31 - 41.
10. Poveda, P.: *Vivir como los primeros cristianos*, Ed. Narcea, Madrid, 1995, pág. 47.
11. Cano y Urreta, A.: *Días de Jardín*, Madrid, 1619, pág. 99.
12. Manrique, J.: *Poesía*, Ed. Orbis, Barcelona, 1983, pág. 106.